

AMISTOSO MINUÉ

Por: Julián David Cortés Sánchez¹

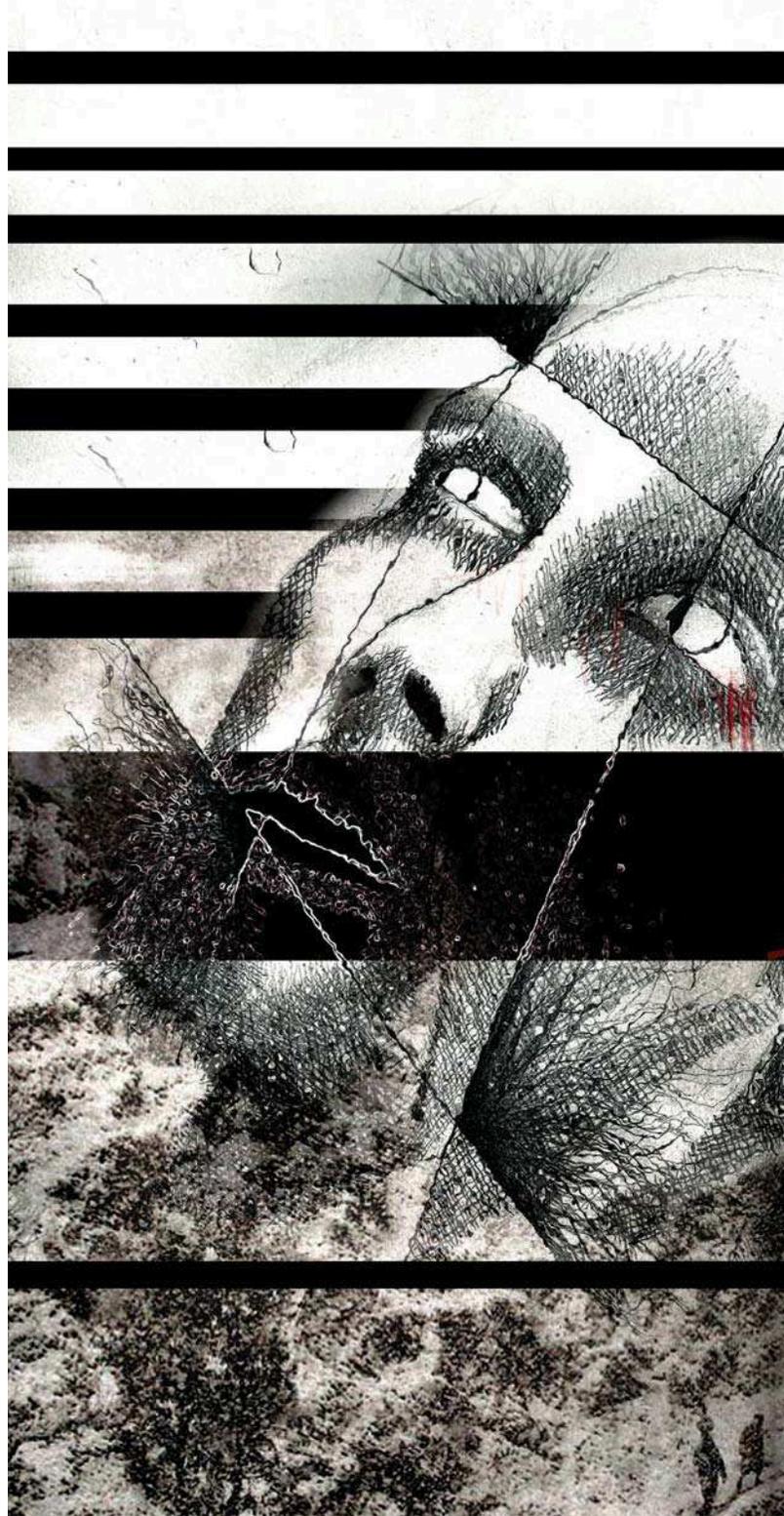
Entre el traslape campanudo de un segundo y otro, Tito Simón miraba letárgico una imitación de un cuadro español, entre una muchedumbre bonachona, de un restaurante pomposo y ladrillado del barrio Teusaquillo. El postre: uvas, su fruta preferida, sabía a limones embarrados, y la cerveza alemana caía pesada como un tanque del III Reich.

En aquel momento no supo si el susurro nocturno -un sople de cigarro y ron- lo despojó de su corbata color borgoña al hacer un movimiento centrífugo para desatarse de su cuello, o si fue un peregrino que, con pasos rumorosos como los de un mosco, se acercó por su espalda, mientras balanceaba un reloj bronceo de bolsillo:

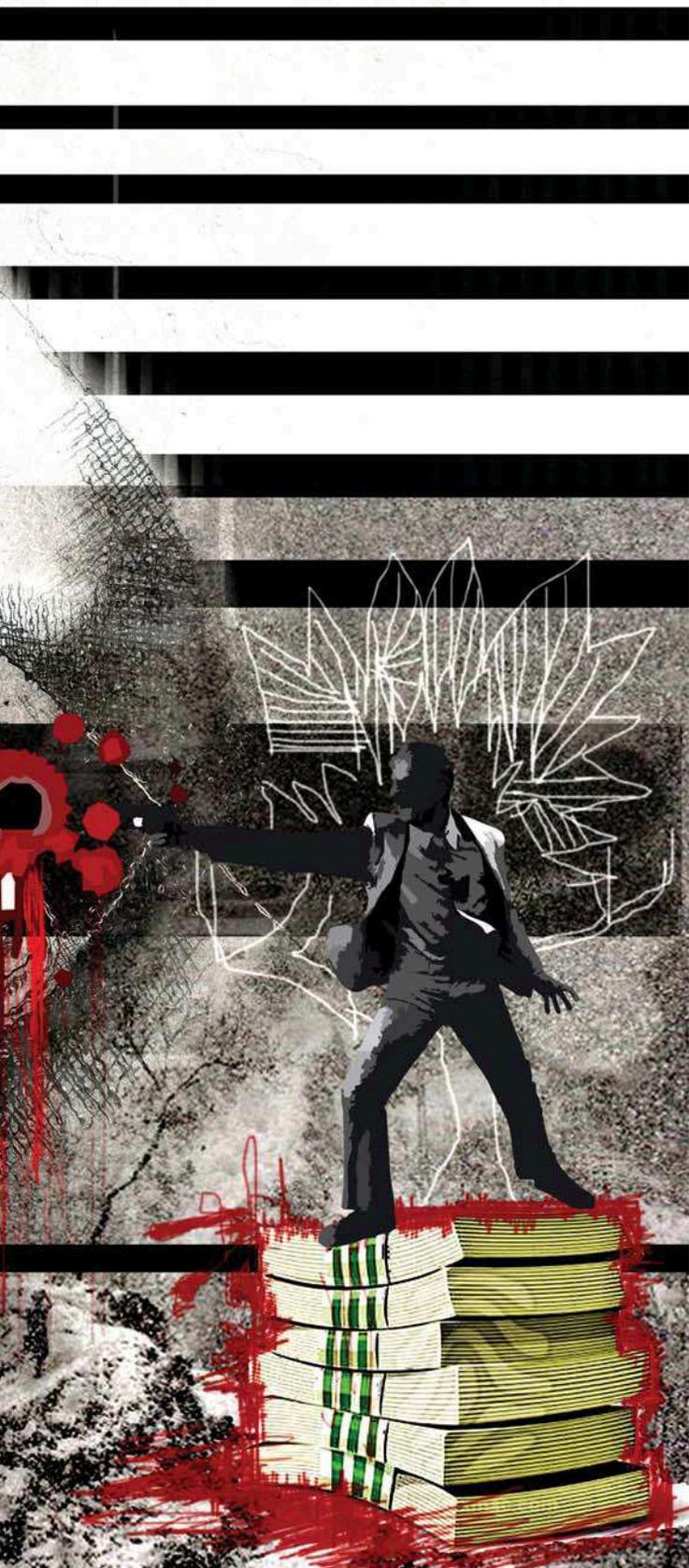
-Grandísimo imbécil: Don Hadassah lo busca. Ya sabe donde, a qué hora y qué tiene que llevar- palabras con acento foráneo, emergentes de una boca entre un bigote impenetrable que alcanzó a rozar su oreja; sin más, el mensajero se evaporó entre camareros y manteles blancos.

Tito Simón solía tener una mirada oscura y marmolada, pero después de haber escuchado al emisario, tenía la más lóbrega que ha reflejado cualquier espejo. Se hallaba derrumbado hacía horas sobre la silla habitual y paralela a la barra del restaurante, sin embargo, tras la notificación, pocos meseros se dieron cuenta de que lo había devorado el viento; sin saldar su abultada cuenta y olvidando las siluetas monárquicas del cuadro español. La noche despojada de luna, entrando en su madurez, estaba siendo ahogada por una neblina y una lluvia progresiva que empapaba el oriente de Bogotá y las almas desesperadas.

¹ Estudiante de Administración de Negocios Internacionales. Universidad del Rosario.



Ilustrado por: Erik Javier Tálaga



A regañadientes, entre desmayos fugaces y sollozos, Tito Simón erraba por un sendero laberíntico y ro-seado de gris de la calle 35, con dirección a la casa de su amigo Monsieur Dandi, su última roca de apoyo infalible; de padre holandés y madre francesa, M. Dandi se creía colombiano aunque no tanto como para reemplazar la ginebra por un aguardiente y la Marsellesa por un bambuco.

El desgraciado timbró en un casón enjaulado y gótico, y a los pocos minutos, como si le estuviese esperando, salió M. Dandi de entre un jardín espinoso, lleno de rosas y estatuas de hierro. Abrió la puerta cancel y lo recibió con un beso en cada mejilla:

- ¿Y esa cara?, ¿más problemas?- le dijo con su copiosa erre arrastrada.

-Es Hadassah. Le debo una platica- le contestó Tito Simón, secándose el sudor, producto de la agitación o el desespero.

-Debe ser mucha, porque por ningún dinero compra ese rostro que tienes -replicó M. Dandi con un poco de risa para vivificar la escena; y continuó, sintiéndose muy cachaco-*Carajo*, sigue, te invito un trago, aunque necesitas más de tres. Ese prestamista de pacotilla, tan avaro que es, no te debió prestar tanto. ¡Ja!, el maldito dinero, relájate, yo te habilito ese capital *ala*.

-No vine a eso -objetó Tito Simón, haciéndosele agua la boca al saborear ése ginebra reposado-, vine únicamente a decirte que me acompañes mañana a un encuentro con él. O le llevo la platica o tendré un enfrentamiento a muerte; dentro de poco saludaré con resignación las puertas del infierno o el purgatorio, pues San Pedro, así esté somnoliento por el poco y decreciente flujo de almas, no me querrá ni para que lo remplace en las puertas del cielo. No quiero estar solo allí, además, serías testigo de mi muerte para acusar y encarcelar a ese granuja, bueno, si es que logra acabarme- concluyó Tito Simón con una patada en una estatua de hierro fundido.

-Claro que te acompaño *chinito*, pero en serio, ¿no quieres que te preste el dinero?, ¿cuánto es? - contestó M. Dandi metiéndose la mano en el bolsillo, para acusarse de una buena intención.

-Una platica... una platica... - y en seguida, con otro dúo de besos, Tito Simón salió a su casa por el revólver heredado de su padre.

Cuando llegó al inmueble, recogió el arma, y de paso buscó en la nevera y en la mesa de noche el valor que le faltaba para el encuentro; como era de esperarse, solo halló vegetales podridos, chécheres y el recuerdo nostálgico de su esposa y su hijo, cuando salían del derrumbado hogar, a causa de innumerables infidelidades y su problema con el alcohol.

Durmió cual caballero condenado a vivir dentro de su armadura, no sin antes darse patadas en el trasero por haberle confesado a su sensual amante, dónde guardaba el dinero prestado por Hadassah. La mañana siguiente salió asándose dentro de su armadura hacia un lote baldío en Fontibón, lugar escogido para que resultara fácil deshacerse del perdedor de la disputa. Se encontró con M. Dandi en el cafetín más cercano al punto de encuentro, y con unos minutos de antelación hallaron un escondite -un frondoso magnolio que persistía contra las adversidades del suelo arenoso-, para que el europeo se ubicase y viera a una distancia prudente la cuenta por saldar.

Remontándose sobre el costado oriental, Tito Simón divisaba a Hadassah con su turbante, su revólver y el rayo de sol, que seguía desembarazándose de las piernas de los Cerros Monserrate y Guadalupe. Hadassah, al no ver el dinero, supo que no sacó a pasear su pistola. Se acercaron hasta el punto de inhalar mutuamente su aliento, y como era acordado, deberían darse la espalda, caminar siete pasos hacia el frente, voltear, después apuntar y volver como una sandía estallada contra el suelo el cráneo del oponente.

Cuando Tito Simón tornó para dar los siete pasos, lo único que embargó todo su horizonte fue un túnel ferroso y sin fin, y no era la muerte que se avecinaba al final de dicho túnel, sino un proyectil. M. Dandi ya no estaba en el magno árbol, sino dispuesto a desencajarle sutilmente las sienas con un cañonazo, y sin más, las palomas circundantes salieron despavoridas al escuchar el estallido.

Tras patear el cadáver de Tito Simón al fin del barranco del lote, M. Dandi se acercó a Hadassah con la mano extendida, a lo que recibiría a cambio un montoncito de billetes.

- Si ni le diste explicaciones a él, tu amigo entrañable, sé que no me las darás a mí -dijo Hadassah entre carcajadas- pero, ¿por qué lo hiciste?

M. Dandi, en medio del éxtasis, le contestó:

- *Chinito*: Por una platica... por una platica.

